

XXIX PREGÓN DEL ESTUDIANTE

Padre, en tu capilla, ante ti postrado
De nuevo este humilde estudiante
Te suplicada en actitud orante
De ti nunca verme alejado.

Que tu misericordia siempre esté conmigo
Que tu bondad y perdón de mi no mude
Sea tu merced tan cercana y me ayude
Pues de lo contrario será mi castigo

Madre mía, Virgen de los clavitos
Esperanza redentora del pecado
Exonérame de todo lo que he errado
Por las lágrimas de tus ojos benditos

Que tu llanto sea un sollozo glorioso
como lo es el rocío de las mañanas
en el patio de nuestras monjas franciscanas
donde está tu hijo Misericordioso.

A ti mi Cristo me encomiendo, para que me ayudes en esta ardua labor que es pregonar mi querida hermandad y poder estar a la altura de tan singular ocasión.

Hace cuatro años el que me ha precedido, mi presentador, ocupaba esta tribuna como pregonero y yo tuve la suerte de ser quien le presentara. En aquella extraordinaria tarde-noche mi querido amigo Miguel nos deleitaba con un exquisito pregón, repleto de las vivencias y creencias de un cofrade y un cristiano de verdad. Exageró, como es costumbre, sobre la presentación que este humilde cofrade, hoy pregonero, le dedicó, diciendo que descollaría sobre su propio pregón; algo que quedó absolutamente refutado al escuchar aquella entusiasta declamación, una bendita oración, la que sólo podría hacer un apasionado cofrade estudiantil como él.

Hoy sí que no me cabe duda que la presentación que acabamos de oír, superará con creces lo que yo pueda decir. Una presentación de un amigo, hecha desde el corazón, para remover mis sentimientos más profundos y espolearme, como a un corcel antes de la carrera, y con los recuerdos a flor de piel, ser capaz de pregonar a nuestra querida cofradía. Miguel, muchas gracias por tan magnífica, como a la par inmerecida, presentación que me has dedicado; como se nota que somos amigos. De nuevo muchas gracias, amigo mío, por esto y por tantas cosas; gracias.

Antes de comenzar quiero dar las gracias al Hermano Mayor, Andrés, y a toda su Junta de Gobierno, por haber pensado en mí

para pregonar a nuestra hermandad. Una distinción hacia mi persona, inmerecida, pues no me cabe la menor duda de que entre nuestros hermanos cofrades hay personas con más antigüedad y prosapia, y más preparación para tal fin. Pregonar a Nuestros Sagrados Titulares es una responsabilidad nada fácil, y más cuando en este atril me han precedido extraordinarios cofrades y conspicuos oradores. Y más aún cuando este año, y debido a la pandemia, este vigésimo noveno pregón del Estudiante, se ha convertido en el pregón del Setenta y Cinco Aniversario de nuestra fundación.

Don Juan Jesús Cañete Olmedo, párroco de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Merced y capellán de la Ilustre y Franciscana Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas; don Francisco Sierra Cubero, presidente de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de la ciudad de Jaén, don Andrés Utrera González, gobernador de ésta, mi muy amada cofradía de los Estudiantes; queridísimo amigo Miguel, mi soberbio presentador, en el día de hoy.

Antiguos pregoneros de la cofradía; (don José Ibáñez Muñoz, don José Domínguez Cubero), pregoneros de Semana Santa y del Tiempo de Gloria de nuestra amada ciudad de este año; cofrades de nuestra querida hermandad, señoras, señores, amigos todos... En especial quiero saludar a mi familia que desafortunadamente, por motivos de responsabilidad y por las

restricciones por la pandemia, no se encuentra toda aquí presente: a mi madre y a mi tía, pilares en mi vida, a mi hermano Miguel Ángel, que no han podido venir; a mi mujer Carolina, mi amor, la que me apoya, me comprende, y me aguanta, la que es base y cimiento de mi familia, y a mis hijos Antonio y Carlos, el regalo máspreciado que jamás pensé tener, los que dan sentido a todo.

Dice el sabio refranero español que uno no es de donde nace sino de donde pace; aseveración que corroboro, pero que debe ser matizada. El que me conoce sabe que en el mundo cofrade mis primeros pasos los di, de la mano de mi padre, en la centenaria cofradía del Viernes Santo por la tarde; aquella que saliendo de la inmemorial iglesia de San Juan discurría por el viejo Jaén con sus serios hábitos negros, junto a una joven sección de capas blancas y cruces de malta con antifaces de color verde macareno, para decir al pueblo de Jaén, con ese aroma de cofradía de antaño, que Jesús había muerto.

Mi padre que había nacido justo enfrente del arco ojival de dicha iglesia, en la misma calle San Juan, nos transmitió, tanto a mi hermano como a mí, el amor por la cofradía y por la Semana Santa. A él le debo que la Semana de Pasión sea el periodo del año que con mayor avidez ansío, a él le debo ser y sentirme cofrade.

Un día, cuando ya era costalero de Nuestro Santísimo Cristo, mi padre me contó que la primera túnica que vistió no fue la San

Juanista, del Santo Sepulcro; a lo que yo, anticipándome a sus palabras, mentalmente, imaginé que, como muchos otros, habría engrosado, alguna madrugada, las multitudinarias filas de la procesión del Abuelo. Pero él me sorprendió al decirme que iniciándose la década de los 50', cuando era sólo un mozalbete, el primer hábito nazareno que vistió fue el de raso negro y blanco, la elegancia hecha túnica de pasión, acompañando al Señor de Santa Clara.

¡Qué casualidad! sería el destino; aunque yo no creo en las casualidades ni en premoniciones ni en supercherías sino en la Divina Providencia. Si soy cofrade lo soy gracias al influjo de mi padre, y curiosamente mi cofradía es aquella con la que él desfiló por vez primera. Soy cofrade por familia y por convicción. Por ello, aunque nací como cofrade calle Martínez Molina arriba, desde hace ya 27 años pazo como cofrade entre Santa Clara y la Merced. Aunque un trocito de mi corazón no puede negar que, en el viejo templo parroquial de San Juan, aquel que antes de su desafortunada restauración, se asemejaba a un bosque de bóvedas cuajadas de nervaduras góticas de inigualable belleza, hay una madre que llora inconsolablemente por su hijo que me cautivó hace ya muchos años.

Gracias papá por trasmitirme tu amor por nuestras tradiciones, por el amor a nuestro Jaén y a su historia, gracias papá por ser lo que hoy soy, gracias. Y gracias también a ti mamá, y a ti tita, por transmitirme la fe, porque ésta se aprende en la casa, en la

familia, al igual que a ser buen cristiano, cofrade y nazareno. A ellos dedico este humilde pregón, porque, aunque mi padre no esté aquí presente, no me cabe duda que desde allí, a la derecha del padre, estará escuchando contento y orgulloso como su hijo pequeño pregonar a su hermandad.

ORIGEN

Era una mañana fría de los últimos días de un mes de diciembre que tocaba a su fin; el cielo, aunque no presagiaba lluvia, mostraba un color entre grisáceo y plomizo que hacía pensar que no veríamos los rayos del sol, así como que la anochecida, que cada vez era más prematura, se adelantaría un poco más. Ya en la calle, encogido por la gélida mañana, pero alegre por encontrarme en época navideña, abstraído en mis pensamientos, me disponía a cruzar la calle Baeza, por el Parque de la Victoria, cuando fui requerido por una voz grave y enérgica. Era el fabricano del Cristo de los Estudiantes, Toni Delgado, con el que hacía unas semanas había coincidido en un encuentro de costaleros y fabricanos, organizado por la cofradía del Sepulcro.

La conversación fue corta, casi un suspiro, pero, sin duda, una de las que más huella han dejado en mi vida. En un par de frases me dijo que si yo era capaz de buscarle un turno para el Cristo de los Estudiantes, para la Semana Santa próxima, ya que había

prescindido del Segundo de los tres que tenía. Sin tiempo para asimilarlo contesté con un seco, seguro y convincente: *“claro que sí, cuenta con ello”*.

Tras una despedida, también corta y amistosa, continué mi marcha sin darme aún cuenta de la trascendencia de lo que allí había acontecido. En aquella mañana fría, en los estertores del año 1993, sin yo saberlo aún, se estaba fraguando algo que marcó, sin lugar a dudas, mi vida. El ser costalero de Mi Cristo, aunque sólo de 1994 a 1999, por culpa de mi maltrecha espalda, ha significado un hito, sin precedentes, en mi vida como cristiano. No me sirvió para comenzar a creer en Dios, en Él yo ya creía, ni para asistir a misa los domingos, pues a la Eucaristía no faltaba, sino para reafirmarme como cristiano convencido. Se puede decir que cargar sobre mis hombros, la mágica tarde de aquel 28 de marzo de 1994, el peso redentor del Señor de Santa Clara hizo que experimentase una especie de catarsis, una experiencia de purificación espiritual que me llevó a mi propia CONFIRMACIÓN. YO ME CONFIRMÉ COMO CRISTIANO CONVENCIDO ESE LUNES SANTO.

Ello me llevó a entender lo necesarias que han sido y que son las cofradías, sobre todo en un mundo como el que nos ha tocado vivir. Y no penséis que las nuestras son muy distintas a las primitivas. Aquellas eran un vehículo para transmitir la fe a un pueblo poco conocedor de los principales misterios de nuestra religión; y ese debe ser nuestro objetivo: propiciar la creencia del

pueblo, tanto con nuestras públicas muestras de Fe como con nuestra actitud diaria de cristiano comprometido.

La necesidad de la veneración de las imágenes, y con ello el nacimiento de las cofradías que hoy conocemos, quedó establecida por el Sacrosanto Concilio de Trento en su sesión Vigésimoquinta, el 11 de noviembre de 1563, siendo obispo de Roma Pío IV.

Se aseveraba en dicha sesión que se “... *declara que se deben tener y conservar, principalmente en los templos, las imágenes de Cristo, de la Virgen madre de Dios, y de otros santos, y que se les debe dar el correspondiente honor y veneración: no porque se crea que hay en ellas divinidad... sino porque el honor que se da a las imágenes, se refiere a los originales representados en ellas;... así como para que se inciten a adorar, y amar a Dios, y practicar la piedad...*”.

Nosotros, las hermandades de hoy, y por supuesto, nuestra hermandad de los Estudiantes, somos la prolongación de aquella certidumbre Tridentina, que mandaba adorar a las sagradas imágenes para tras su veneración acercarnos aún más a Nuestra Santísima Virgen y a su hijo Nuestro Señor. Somos herederos de una de las más bonitas tradiciones de nuestra religión, sacar nuestras imágenes para hacer pública protesta de Fe al pueblo de Jaén.

Que nadie se sienta cristiano de segunda por ser cofrade; honremos nuestra ancestral tradición y nuestra fe; vivamos y

sintámonos cofrades, y, por lo tanto, cristianos, todos los días del año; defendamos nuestra fe con humildad y respeto, ayudando a nuestra hermandad a ser lo que fueron todas en su origen: vehículos para transmitir la fe de Cristo.

“No hay nadie que viva sin su Cruz, y el que huya de una encontrará otra mayor” (Santa Ángela de la Cruz)

MI SEÑOR DE SANTA CLARA

Cristo, mi Cristo.

Gracias por estar cuando te he buscado
por siempre cerca tenerte
y bajo tu paso poder mecerte
en tantos Lunes de cielo estrellado.

Que tu peso no comporta dolor
pues por él nuestras culpas dispensas
faltas que dejan de ser ofensas
por acción de tu desmesurado amor

Deben ser algo más de las 9:00 de la mañana cuando los goznes de una pesada puerta de dos hojas, de vieja pero noble madera, ribeteada con clavos de hierro, ruge, sin mucha estridencia al abrirse. De entre ellas sale un hombre de unos 50 años de edad, no muy alto, pero de manos firmes y dedos largos que sostienen un hatillo que de inmediato coloca a su espalda; viste ropa de buen paño, y sobre ella una capa que atenúa los rigores que el frío de año nuevo suele traer a la ciudad. Un chambergo de fieltro, con un ala doblada, toca una cabeza donde el pelo, rizado y cano, escasea sin contemplaciones.

Al pisar la calle su mirada, inteligente, aunque huidiza, se vuelve pronto hacia la parte baja de la misma, donde posé otra vivienda, y a ella se encamina; pisa despacio porque la inclinación de la calle Macías, en plena collación de Santiago, por donde discurre, junto a la lluvia caída la noche anterior, convierte el corto trayecto en una andadura comprometida. Evitando algunos charcos descende la calle hasta llegar a la altura de una puerta más pequeña, pero cuando va abrirla recuerda que debe comprar algo; por lo que continua hasta el final de la calle, llegando a la intersección con Maestra Alta, a la altura de la parte trasera del Convento de los Santos Ángeles, y muy cerca de la parroquia de Santiago.

Gira a mano derecha, pasando delante del palacio de los Suárez Baltodano, recientemente edificado, propiedad del sobrino del obispo don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce; uno de los

muchos palacios que jalonan esta principal vía. Continúa su camino, un centenar de metros, hasta entrar en una vieja buhonería situada en la entrada de la calle Cambil, muy próxima a la parroquia de San Lorenzo. A su vuelta se encuentra con alguien que lo saluda diciendo: ¿qué tal estás Salvador?, a lo que responde, en voz queda, -no andamos mal-; el breve encuentro termina cuando el viandante, que ya ha iniciado su marcha, en dirección a la Fuente de la Merced, le da recuerdos para Luisa, su mujer. Vuelve hacia la calle donde se encuentra su morada y la otra pequeña estancia más reducida, ensimismado en un trabajo que le lleva ocupando desde hace un par de meses, concretamente desde noviembre pasado de 1574. Cuando se encuentra a la altura de la pequeña puerta de madera, de menor calidad que la de su hogar, saca una llave larga que introduce en la grande y vetusta cerradura para descorrer el cerrojo, y con un leve empujón de su mano diestra abre la hoja derecha y accede a una oscura habitación. Sin solución de continuidad se dirige a la ventana que da a la misma calle Macías, para abrir los postigos de madera, permitiendo, de ese modo, que la luz entre iluminando todo de la tenue luminosidad del invierno jaenero.

Del hatillo que llevaba a su espalda, y que había dejado sobre una mesa, repleta de serrín y virutas, saca una gubia y un cincel, que reposadamente coloca de forma ordenada junto a otros instrumentos como buriles, barrenas, cortafríos, escoplos y formones. Ahora se dirige a la puerta, que se encuentra a medio

cerrar, y de un clavo, que hace las veces de perchero, coge una bata de color azul cárdeno que se coloca con ritual parsimonia, tras haberse quitado previamente tanto la capa como el chambergo; para luego abrir los postigos de la otra venta que con la anterior flanquean la puerta. Ahora la luz, que entra a raudales, deja ver con absoluta claridad la habitación que parece ser una carpintería; lo sería si no fuese porque a un lado se amontonan una serie de imágenes de bulto a medio esculpir, unas en su fase naciente y otras ya mucho más definidas. Es, sin duda alguna, el taller de un escultor y entallador, de un imaginero. Pero de todo lo que allí se encuentra sobrecoge, sólo con una mínima mirada, un Cristo muerto en la cruz, a medio policromar, que descansa colgado en la pared del fondo.

Antes de que el escultor, Salvador, se disponga a iniciar su jornada de trabajo se abre la puerta del taller, por la que accede al mismo su hijo menor Pedro, presbítero, como Juan, su primogénito; vestido de pulcra y bien planchada sotana negra, Pedro que había visto sólo una vez aquella portentosa imagen se estremece y conmueve. Tras un largo silencio que hace que sus ojos, fijos en la talla, se vuelvan acuosos y que una tímida lágrima recorra la parte superior de sus mejillas, interpela a su progenitor sobre aquella obra de magistral hechura. Su padre le responde que es un encargo para el convento de monjas de Santa Clara; le explica que es un crucificado para un Calvario que se habrá de colocar en el coro alto del monasterio, bajo un arcosolio, flanqueado por las

pinturas de San Juan y la Virgen que habían sido encargadas a Miguel Sánchez.

De nuevo su hijo Pedro, parado ante la imagen, absorto ante tanta belleza comienza a recorrerla pormenorizadamente. Se embelesa con la portentosa cabeza con la corona tallada que por la inercia de la muerte, se vence hacia el lado derecho de su pecho; el cabello hacia atrás, tras la oreja, soltando un mechón sobre el hombro, todo ello con rizos ondulantes que también se aprecian en la bífida y recortada barba, dispuesta sobre un rostro huesudo de pómulos y afiladas facciones típicas de la muerte, con los ojos y la boca entreabierta, intentando mostrar una dulzura de aspecto melancólico. Suspira y para sus adentros exclama ¡cuánta belleza y cuánta verdad ;

Sigue abstraído en su contemplación, bajando la vista advierte un vientre hundido con los arcos androcostales bien marcados y unas protuberantes caderas, originadas por el bajo y apretado perizoma, plegado angulosamente en el vano inguinal; así como un canon más alargado que el de otras de sus obras. Su padre, que lo observa, añade algunas especificaciones que Pedro escucha con ávida atención; le comenta que el tamaño de la obra, que aunque inacabada trasmite una fuerza incontestable, mide 1,70 de alto por 1,23 de brazada. Pedro le pregunta por la planitud sobre todo del tronco, a lo que le contesta que ello responde al objetivo y al lugar donde va a ser colocada la imagen; porque será vista de

frente, desde una ubicación cercana y para conmover por la inmediatez.

Su hijo, curioso y asombrado ante la indescriptible fuerza que dimana de aquel crucificado, vuelve a preguntarle si es la obra de la que más orgulloso se siente. Su padre, de forma parca y seca, le manifiesta que para un escultor todas sus obras son únicas e inigualables; pero reconoce que, aunque ha ejecutado varios crucificados con igual denuedo, este es probablemente el más acabado de su producción. Le recuerda, entre otras de sus muchas obras, los crucificados realizados hace ya casi 15 años, para las cofradías de la Vera Cruz de Jaén y Villacarrillo. Como un padre mira a un hijo, observa a Pedro, y le dice: ¿crees que un padre puede querer más a un hijo que a otro?, pues igual le ocurre a un imaginero con sus obras. Pero tras unos segundos de silencio en los que ambos siguen contemplando la imagen, Salvador le confiesa, con la mirada fija en la cara del crucificado, con voz temblorosa, que esta será su obra cumbre, el cenit de su carrera como escultor y que difícilmente será capaz de superar lo aquí realizado.

Con esta pequeña fábula he intentado reconstruir, mínimamente, el momento en el que se llevaría acabo la ejecución de nuestra venerada imagen; siendo fiel a la época y, en lo posible, a la biografía del imaginero que con su gubia la alumbró.

En los años 80' del siglo pasado se atribuyó, por similitud estilística, su autoría al salmantino, de Pelayos, Juan Bautista Vázquez el Viejo. Estando éste, en 1561, trabajando en Toledo se

desplazó a la ciudad hispalense para terminar la imaginería del retablo mayor de la Cartuja de Sevilla que había quedado inacabada por la muerte del escultor, también castellano, Isidro de Villoldo, discípulo y colaborador de Alonso de Berruguete. Afincado en la ciudad de la Giralda colaboró en la creación de la llamada Escuela Sevillana de Escultura, trabajando en numerosos retablos de la zona, como en la segunda fase del Retablo Mayor de la Catedral; y ejecutando, algunas imágenes de gran maestría como el Cristo de Burgos, de la parroquia de San Pedro de Sevilla, o el Cristo del Amor en el Viso del Alcor. Pero nunca remontó el Guadalquivir arriba y, por lo tanto, no visitó las tierras de Santo Reino, por lo que sus obras se circunscribieron a la zona sevillana. Además de que la transacción artística de nuestra zona con aquella fue inexistente, en este periodo, Jaén se autoabastecía y se relacionaba sobre todo con el foco escultórico granadino.

En aquellas últimas décadas de la pasada centuria era muy habitual, ante la inexistencia de la escritura ante escribano, que supone la certificación documental que demuestra la autoría de las obras, atribuirles, siguiendo rasgos estilísticos, a los grandes escultores, sobre todo del occidente andaluz. Por ello, y, como hemos dicho, por una supuesta coincidencia de estilo y de periodo, se atribuyó al citado escultor la obra de nuestro Sagrado Titular. Décadas más tarde, ya en el siglo XXI, y gracias, entre otros, al Profesor Domínguez Cubero se ha avanzado mucho en el conocimiento de lo que hoy día podemos llamar, sin miedo a error,

la Escuela de Escultura Giennense; que vino a constituirse como entidad que compaginaba la tradición con la tendencia clásica, por cuanto integraba tendencias localistas con las experiencias de los escultores que llegaban a nuestra zona, constituyendo un sólido conjunto, que estaría vigente hasta conectar con los prolegómenos barrocos de la centuria siguiente.

A ello hay que sumarle el impagable trabajo que Rafael Galiano Puy viene haciendo al transcribir los protocolos notariales del siglo XVI, en los que está descubriendo datos esenciales para reconstruir nuestro pasado cofrade. Entre uno de sus imponderables estudios destaca el que publicó en la Revista Pasión y Gloria, de 2018, en donde daba a conocer la escritura de obligación entre la cofradía de la Vera Cruz de Villacarrillo y el escultor giennense Salvador de Cuéllar, para la ejecución de un crucificado en 1561. Lo realmente notorio es que en el mismo documento se especificaba que el crucificado debía hacerse “*como la de tal cofradía de la ciudad de Jaén ...*”. Es decir, que años antes el mismo autor ya había realizado un crucificado para la cofradía homónima de nuestra ciudad. El segundo de los crucificados de la primitiva cofradía pasionista, el conocido como Señor del Trueno.

Dichos hallazgos, que pueden parecer baladís, han servido para poner “orden” en el ámbito de los escultores y entalladores giennense de mediados y finales del siglo XVI. Aunque aún no se ha hallado la escritura que nos indique el año y la autoría de Nuestro Cristo, a día de hoy, y debido a lo antes comentado, nadie,

en el mundo académico, duda que las manos de Salvador de Cuéllar fueron las responsables de su hechura. Cinco crucificados perduran de su evolución estilística; cuatro documentados: el citado de la Vera Cruz de Villacarrillo, el que corona el retablo de la capilla de San José en la Catedral, el de la Salud en el testero de la iglesia de la Merced y el de la Clemencia, titular de la hermandad asentada en la parroquia de la Magdalena; y uno atribuido, el Nuestro, de las Misericordias.

Quitando sus primeras obras, las referidas de los crucificados de la Vera Cruz, de Jaén y Villacarrillo, y otras de los que lo imitan, entre los que se pueden contar el Cristo de la Misericordia de Jódar, el de la parroquia de Mengíbar, los que siguen, -como dice el profesor Domínguez Cubero-, sin perder el tipo, muestran ya una firmeza de mayor corrección, fruto del adiestramiento que da la experiencia, que le hace mudar la simpleza muscular por solemnes figuras de torneados miembros, esbeltas de canon y con rostro aún doliente, huesudo, sin perder la consabida barba, pero tendentes a mudar la aspereza y la expresión doliente por una de mansedumbre más en la línea de la apacible perfección grecorromana que corría por ciertos rostros de crucificados castellanos; que llegaron al sur peninsular hacia 1560 por conducto de los seguidores de Berruguete.

Dicha estética, renacentista, debió de ser implantada, en nuestra zona, por Diego de Pesquera en la imaginería de la portada sur y en las cajoneras de la sacristía de la parroquia de la

Encarnación de Bailén, en la década de 1560. Este escultor de origen desconocido, pero de procedencia castellana, instalado en Granada desde 1563, donde realizó un gran número de retablos tanto en la capital como en la provincia, se desplazaría a la nuestra para dejar su maestría en las citadas obras. Con ellas pudo Salvador de Cuéllar quedar impregnado del nuevo estilo, pero sólo ligeramente, ya que sus siguientes obras, como nuestro crucificado, muestran las variaciones antes comentadas, pero con poco alejamiento de la tradición tardo-gótica.

Como antes se dijo, nunca llegaron aquí maestros de la zona sevillana; si acaso los giennenses iban allí cuando se precisaba certificación de obra, como ocurrió con Juan de Reolid y Luis de Aguilar, para tasar lo realizado por Roque Balduque en el retablo Mayor de la Catedral de Sevilla. Pero sobre todo es determinante la divergencia de estilo y de composición anatómica entre los crucificados de Vázquez el Viejo y los de Salvador de Cuéllar. Los del primero obras de acusada suavidad, cuerpos más carnosos, levemente masacrados, sin acusado derrame sanguíneo, y con rostros y gestos más cercanos a la placidez griega que a la tradición doliente que en nuestro Jaén nunca nos abandonó del todo en este periodo; y los del segundo con una extrema amplitud de la abertura abdominal, y con la particularidad con que se disponen los paños de pureza, tan divergentes con los sevillanos.

Está claro que Vázquez el Viejo no pudo ser el autor, y que, aún a falta de la escritura que lo corrobore documentalmente, su

autor no pudo ser otro que el comentado Salvador de Cuéllar. Les animo a ver las fotografías que se conservan sobre el Cristo de la Vera Cruz de Villacarrillo que, aunque de poca calidad, muestran claramente una cabeza de tradición arcaica, con cabellera hacia atrás dejando colgante sobre el hombro un tirabuzón de dos hiladas liadas, la corona de espinas labrada en la misma unidad y un doliente rostro de barba espigada. Algo repetido en todos los crucificados de este escultor y que en el caso de nuestro Cristo es más evidente aún.

Quedando descartada la posible autoría de Juan Bautista Vázquez el Viejo, y por descabellada, y sin apoyatura de ningún tipo, la de su procedencia americana, de un retablo de la ciudad de Cuzco, perteneciente a la escuela Quiteña, las teorías más plausibles son las siguientes:

Una de ellas estima que pudo realizarse para el retablo que en 1580 se le encargó a Sebastián de Solís y Salvador de Madrigal para el convento de Santa Clara. Pero la extrema perfección del acabado no parece lógica para lucir en el remate de tan enorme pieza, como debió ser por el tamaño del testero de la iglesia conventual. En esta misma línea, también cabe la posibilidad de se ejecutase para un retablo que en 1569 se labró, para el mismo lugar, por Enrique de Figueredo y con pinturas de Miguel Sánchez. Dicho retablo presidido por la imagen de Santa Clara, debió desaparecer, por causas desconocidas, dispersándose sus partes y dando paso al antes comentado.

Otra teoría sobre su origen es la que afirma que pudiera haberse ejecutado para el lugar que ocupaba en el convento, antes de pasar a ser el titular de Nuestra Cofradía; es decir, centrando el mural de pinturas pasionistas con el que se decoró el coro alto, de lo que aún quedan restos en un pobre estado de conservación.

Otra tendría que ver con un calvario pintado que actualmente se encuentra en la casa de los sin techo y que tradicionalmente se componían con cristos de bulto. Las medidas de Nuestro Cristo concuerdan con las que tuviera la imagen que posteriormente se sustituyó por pintura; pero curiosamente con la misma expresión melancólica e idéntica organización de los pareados cardenales en el cuerpo, como si en realidad se hubiese intentado hacer un retrato de la escultura que lo presidía.

La comentada planitud del tronco deja claro que fue hecho, como se ha dicho, para ser visto de frente y emocionar desde la inmediatez; es decir, que no tiene sentido que su destino fuese el de coronar un gran retablo pues no hubiese sido ejecutado con tanto detalle y minuciosidad; algo fácilmente constatable en el crucificado de la capilla de San José de la Catedral.

Cuando se halle la escritura de obligación sabremos, además de que Salvador de Cuéllar fue su autor, el año de su realización, quién lo encargó y para qué lugar, e incluso su coste. Fácil no será, pues mis amigos Rafael Cañada y Galiano Puy han leído buena parte de los protocolos notariales de ese periodo en nuestra ciudad sin hallarlo aún. Esperemos más pronto que tarde conseguirlo para

continuar conociendo nuestro pasado, y seguir clarificando los pormenores de la Escuela de Escultura Giennense, no tan conocida como otras, pero de una enorme calidad.

Quien me conoce sabe que no soy de esos giennenses militantes que defienden la esencia de lo jaenero, en Semana Santa, como si lo demás siempre y obligatoriamente fuera negativo. Pero creo que es hora de conocer, y lo digo con mayúsculas, conocer lo mucho y bueno que nuestra ciudad conserva en cuanto a imaginería procesional. Tanto que me atrevo a decir que los Reolid, Cuéllar o Solís no es que no tengan nada que envidiarles a los imagineros sevillanos, sino que, en algunos casos, sobre todo en el siglo XVI, estaban por encima de aquellos.

Por ello, humildemente, pido a mi cofradía que modifique, en los estatutos y donde fuere preceptivo, la referencia a la autoría de nuestra venerada imagen; indicando que es una obra atribuida a Salvador de Cuéllar, realizada entre 1565-1575 aproximadamente, corrigiendo la anterior atribución.

JUVENTUD COSTALERA

¡Aquél Segundo Turno! ¡Son tantas las imágenes que afloran a modo de nostálgicos recuerdos! Éramos 29 jóvenes costaleros, entre los cuales pocos habían cumplido los 18 años, con más ilusión que fuerza y más vehemencia que saber hacer. Aún recuerdo los primeros ensayos en aquella Cuaresma del 94, dentro del templo, cuando aún era la casa de nuestros añorados claretianos, y

torpemente pretendíamos cambiar el paso al son de las marchas de la banda de música. Algunos antiguos costaleros del paso de Palio que pasaban por allí (entre los que solía estar Focus), entre dientes y con voz queda, bromeaban sobre la ineficacia de tal intento afirmando que parecíamos bailarinas.

Algunos miembros de la Junta de Gobierno albergaban no pocas dudas sobre si aquellos jóvenes seríamos capaces de cumplir, solventemente, el trayecto que nos habían asignado; desde la Plaza de San Ildefonso hasta la Plaza de las Palmeras, pasando por la calle Gracianas, calle estudiante que siempre nos recordará a los hermanos Delgado y su añorado “Albero”. Dichas incertidumbres quedaron disipadas rápidamente pues llevados, con mano siempre férrea y voz de mando, por Toni Delgado, nos quedamos todos con ganas de más. Y no exagero si digo que entusiasmados y enardecidos como íbamos, hubiéramos subido la Carrera sin mucho problema. Al año siguiente nos ampliaron el trayecto, incluyendo también la calle Hurtado; pero no anduvimos lo mismo que el año de nuestro estreno, quizás el exceso de confianza y alguna que otra situación nos distrajo más de la cuenta. Los parabienes del año anterior del propio gobernador, Paco Latorre, se tornaron en reprimenda; algo que nos vino muy, pero que muy bien, para atemperar ese desmedido ímpetu que muchos derrochábamos.

El año 1996 fue un año inigualable para nuestra cofradía por la celebración del Cincuenta Aniversario de su fundación; efeméride que estuvo repleta de numerosos actos. Ese Lunes Santo

nos mojamos, algo no demasiado extraño en nuestra historia; no sin razón Jesús Espinosa, años después, ante esos habituales episodios, pensó en añadir a los títulos de la cofradía el de muy Acuática Hermandad.

El colofón de ese año feriado fue la irrepetible procesión extraordinaria que realizó la Hermandad, el 28 de septiembre, haciendo estación de penitencia por las naves de nuestro templo catedralicio, el precioso e inigualable relicario de la Santa Faz de Cristo. Y tuve la dicha de formar parte del turno que, con nuestro primitivo trono, ese sobrio y clásico altar dorado que hiciera Canales, adornado para la ocasión con los candelabros cimbreantes del Cristo la Vera Cruz, paseó la extrema belleza, a la vez, arcaizante y clásica, de nuestro Cristo ante el Santo Rostro y Nuestro Padre Jesús. ¿Se puede ser más afortunado? ¿se puede pedir más?

Ese mismo año ocurrió algo no menos importante para la cofradía, en general, y para la sección Cristo, en particular, como fue el desembarco de Nono Arrate a su fabricanía. Ese año llegó la pasión desmedida al Cristo, la entrega total, sin límites, el entusiasmo por lo costalero, el perfeccionamiento, el orden, la disciplina, la uniformidad; además de un poco de envanecimiento, es decir, de chulería torera; sin ofender a nadie, eso que los Estudiantes, de modo innato y sin pretenderlo, llevamos de serie.

Para mí Nono siempre será mi Capataz, y así al él me refiero cuando hablamos o nos felicitamos por nuestros cumpleaños o

común onomástica. Nosotros aprendimos a andar debajo del paso, a compenetrarnos como uno solo, a sentirnos costaleros, a empujar todos a una, a apretar los dientes y echar redaños con Nono mandándonos fuera. Gracias amigo. A pocos se nos olvidarán aquellos innumerables ensayos hasta altas horas de la noche, pero sobre todo sus secuelas: hombros doloridos, al levantarnos temprano al día siguiente para ir a la Universidad. Nono Arrate en estado puro.

Ese mismo año los cambios se hicieron evidentes como la elección del acompañamiento musical, al sustituir la tradicional banda de música por la Agrupación Musical de la Vera Cruz. En la calle el Señor de las Misericordias comenzaba a marcar estilo, un estilo propio que ha ido depurándose, con el paso de los años, hasta llegar a lo que tenemos: la perfección hecha paso de Cristo Crucificado y Muerto en la calle. A todos se nos quedó en la retina, a modo de recuerdo indeleble, como el año 98 aquel épico Segundo Turno, mi Segundo Turno, ascendió desde la plaza de las Palmeras hasta mediada la calle Campanas, sin arriarse el paso, enlazando una marcha tras otra, durante algo más de media hora. Antes de poner los zancos en el suelo solo se oía, bajo el paso, los suspiros entrecortados, por el esfuerzo, y se podía ver como se apretaban los dientes, en esa actitud de coraje y valentía que siempre ha acompañado al costalero de estudiantil. Pero ni una sola queja, ni un solo renuncio, ni un musitado: bájanos Nono.

Imborrable para mí ese varal escoria, desde donde repetía las órdenes de Nono y Fran, para cambiar el paso, abriendo el compás o andando más corto para luego salir dando paso a la trasera. Imborrable ese varal derecho, con Sito de Patero, con los hermanos Villar, Javi y Carlos, con Miguel, Quique Salido y Pablo entre otros... que recuerdos que gente tan buena por Dios. Mi gente. Bueno y otros igual de grandes en los otros dos varales como Andrés, Iñaqui, Nacho, Avilés, José, Lolo...Tantos, TODOS.

Desconocía que ese memorable momento vivido el aquel Lunes Santo de 1998 sería mi última experiencia bajo las trabajaderas de nuestro Cristo; yo que, iluso y algo soñador, pensaba que había nacido para ser costalero del Lunes Santo me vi, por razón de una hernia discal, apartado de lo que tanto amaba.

En ese proceso de asentamiento de nuestra cofradía como hermandad seria se implantó el acto del retranqueo con la celebración del ejercicio de las Cinco Llagas; que revestía y engrandecía la sencilla y tradicional manera de subir la imagen al paso desde el coro con las pértigas y gracias a las cuerdas de escalada de Rafa Calatayud. A Fran Gómez quiero agradecer que contase conmigo para, que como un Cirineo -así me llamaba-, los dos en lo alto de paso, le ayudase a fijar la cruz al periscopio en tan entrañable acto; gracias, porque tanto él como Nono, eran sabedores de mi dolorosa retirada de la trabajadera y con ello pretendieron dulcificar un amargo trance.

En el año 2002, tuve la enorme suerte de ayudar a Nono delante del paso, siendo los ojos de mis queridos amigos y hermanos costaleros al sustituir a Fran Gómez, que había sido nombrado Hermano Mayor y que además tuvo a bien contar conmigo y con Iñaqui para la nueva Junta de Gobierno; que fiscal de horas ganamos ¿verdad Iñaqui?

Pero como dijo la recordada santa abulense “*Dios escribe derecho en renglones torcidos*”; por imperativo médico acababa mi etapa de costalero y comenzaba otra desconocida para mí, la de cofrade de vela; hoy denominado hermano de luz. Sentía que me había ocurrido una desgracia descomunal, pues no entendía mi vida sin ser costalero del Señor de Santa Clara; hoy pasados algo más de 20 años, lo veo como una gracia. Me considero un enorme privilegiado, un hombre pleno, cuando revestido con el traje de estatutos de nuestra cofradía, lo acompaño, junto a mi hijo mayor, en su deambular señorial y elegante, alumbrando con la cera amarilla tiniebla la Muerte Redentora de Nuestro Padre; aquel que murió en la Cruz por cada uno de nosotros.

Yo, quizás fruto de la ardiente vehemencia propia de la juventud, pensaba sin rubor que “nosotros” los costaleros éramos la base de la cofradía, de ésta y de todas, y que sin nosotros esto no funcionaría. ¡Cuán equivocado estaba! Tuvo que pasar el tiempo, aunque no mucho, para darme cuenta de que cofradías ha habido siempre, y sin costaleros, pero que éstas sin cofrades desaparecían; que la base angular sobre la que se asientan las hermandades, no

ahora, sino desde siempre, han sido y son sus cofrades; y yo puntualizo, los cofrades de vela.

¿Tendría razón de ser, ver a dos magníficos pasos en la calle, ornamentados con exquisito gusto, magistralmente mandados por notables capataces, y cargados por los mejores costaleros, pero sin acompañamiento alguno de cofrades o hermanos de luz? Si así fuera lo que haríamos no tendría sentido alguno. Por ello, y sin querer afrentar a nadie, Dios me libre, y menos en el día de hoy, quisiera mandar un mensaje a aquellos osados costaleros, en los que yo me veo reflejado cuando contaba con poco más de 20 años, que atraviesan por mitad de la fila de nazarenos que sin sonrojo alguno hablan distendidamente con novias y amigos en mitad del cortejo procesional, y que hacen una ostentación exagerada de su condición de costalero, sin el menor recato; para decirles que nunca olviden que los dos protagonistas son otros, y que esa etapa debajo de las trabajaderas, antes o después, llega a su fin, que la situación de costalero debe tener su continuidad, más inmediata, engrosando las filas nazarenas. En una cofradía como la Nuestra, ejemplar en cuanto su puesta en la calle, con una impronta cada día más definida de seriedad y recogimiento, cosas como esas hay que cuidarlas.

Grandes Costaleros como los hermanos Calatayud, Ezequiel y Rafa, Gonzalo Calahorro, Sito del Castillo, Manolo Molina o Alfonso Gómez, en el Cristo, y Juan Quesada, Miguel Colmenero, Rafa Maza o Alberto Lara, en la Virgen, y tantos otros, que tras

abandonar la trabajadera visten su túnica nazarena, cada Lunes Santo, son el ejemplo a seguir. Abandonemos de una vez el tradicional descrédito que, en nuestra Semana Santa, ha tenido el vestir la túnica nazarena, por considerarlo como algo más propio de niños; prestigiemos y honremos el hábito penitente, por que no hay mayor orgullo que, con el anonimato que nos brinda el antifaz, acompañar a nuestras queridas imágenes alumbrando revestido de negro y blanco, y de blanco y azul purísima.

Este Lunes Santo, cumpliría 22 años a su lado, en las filas nazarenas, pero debido a la maldita pandemia habrá que esperar al menos, esperemos, al año siguiente. A decir verdad, no serían 22 sino 21 años, aunque habría que descontar las numerosas ocasiones en que la lluvia nos acompañó, unas veces impidiéndonos la salida y otras haciendo acto de presencia, sin previo aviso, bueno o con algún aviso, en mitad de nuestra Estación de Penitencia. Solo una tarde de Lunes Santo he estado alejado de Nuestro Cristo, la de 2008. Esa mañana tras desayunar en el Manila, como era costumbre inmemorial, con los Fernández y con Iñaqui, había asistido a la exposición de pasos y a la Misa previa a la salida procesional, para rezar y pedirle nuevamente a nuestro Cristo y a nuestra Señora de las Lágrimas que mi padre, que llevaba semanas ingresado en la UCI, se recuperase. Aunque tenía decidido no ver la procesión ni por la televisión, mi mujer me convenció para salir a su encuentro y a mitad de la calle Hurtado, frente al bar París, pude ver, como nunca lo había visto antes, la Majestad de Dios, en su paso caoba y

plata, descendiendo suavemente entre una nube de incienso, con los sones de tambores y cornetas, con ese paso corto, siempre de frente, magistral; era Dios en la calle, para repartir su divina Misericordia. Jamás olvidaré como Coqui arrió el paso a escasos metros de donde nos encontrábamos, y cogiendo un iris del monte me lo dio. No dijo ni una sola palabra, pero lo dijo todo.

Mi padre entregaba su vida al Señor, tres días después, el Jueves Santo, 20 de marzo, siendo enterrado al día siguiente, el viernes Santo, su Viernes Santo, justamente cuando Nuestro Padre Jesús se estaba encerrando en la Santa Iglesia Catedral. Se fue teniendo bajo su almohada mi papeleta de sitio con la cara del Cristo; sé que se fue sintiendo un gran amor al cristo de su hijo, a mi cristo; por ello, el sublime cuadro que me regaló, del Señor de Santa Clara, cuando acabé la carrera, y que tan magistralmente pintó para la ocasión, Paco Carrillo Padre, siempre me recordará a él y su inquebrantable fe en Dios y en su Madre la Virgen María.

ESTAMPAS DE LUNES SANTO

Tantas estampas evocadoras nos regala nuestra hermandad por las calles de esta añorada ciudad, que tan adentro llevamos, que todas compiten, entre sí, por significarse como las principales e insustituibles. Pero a fe que no hay una sola que eclipse a las demás, como tampoco una que desmerezca al resto.

Baja la hermandad por carrera de Jesús, cantones del Viejo Jaén, calle de devoción barroca, de conventos carmelitanos descalzos de antaño; túnicas negras y blancas, blancas y azules flamean inquietas con las ráfagas del viento, que desde las sierras cercanas, también quiere acariciar al Señor de Santa Clara y al bello rostro de su madre. Baja el señor inhiesto, triunfante, es el Señor de los Estudiantes; es Dios Todopoderoso es nuestro Padre Misericordioso. Pasa la calle Almenas, antigua defensa medieval ante las razias sarracenas, paramento adherido a la seo giennense, donde retumban con estruendo los acordes de “Bulerías en San Román”; silencio y recogimiento, pasa el Señor, llevado sin ningún aspaviento. Filas de nazarenos de capirotos blancos y capas negras al viento se pierden por el jaenero y sinuoso barrio de San Ildefonso.

Y mientras, llega Ella sobre su sitial de plata y oro, de doce varales encrespados, que como columnas sustentan un cielo dorado, bordado y labrado sobre azul terciopelo con la Virgen Mercedaria en su Gloria. Como un tabernáculo sagrado, que entroniza a la Reina de la Merced, avanza a paso corto con mecidas contenidas. ¡Que gusto más refinado; ¡que majestuoso equilibrio de armonía y proporción más delicado; En los dos primeros y en el cuarto espacio entre varal jarras plateadas, creciendo en tamaño, coronadas con piñas de claveles color rosa que apuntan al atardecer de un cielo en donde el sol ya se ha puesto; en el centro del armonioso templete, en el tercer espacio entre varal, a ambos lados,

un gran farol coronado, que alumbré a la Reina en su dolor; y en el último espacio, dos grandes candelabros de cola, uno en cada costero, formados por un tronco descendente terminado en un farol, pero del que brotan como esquejes un frondoso bosque de retorcidos brazos rematados por guardabrisas con imperiales. Ese rítmico y equilibrado altar de plata en movimiento contrasta con las cenefas ribeteadas y los motivos vegetales dorados, de las rectas bambalinas, del palio de cajón más armonioso de los que desfilan en nuestra Semana Mayor.

Y haciendo la última revirá de Almenas, para salir de frente hacia calle Ancha, el bello y, a la vez, afligido rostro de la Madre de Dios, ante la progresiva ausencia de luz natural empieza a ser alumbrado por las Marías que a modo de mariscales de campo mandan sobre los candeleros, un mar de luces que, como soldados de a pie, pugnan por iluminar más y mejor esa cara de guapa cordobesa estudiantil y madre inconsolable; la sublime e indescriptible belleza de nuestra Virgen.

Cuando el Señor, ya sí de clara anochecida, busca salir hacia Cuatro Torres, Ella pasando por la basílica de la patrona de la ciudad, al son de Madrugá, es un refulgente barco dorado por el tintineante resplandor de las velas que chorrean cera sin medida alguna. Ahora, su iluminado rostro que por momentos, recibe interesantes sombras, que no hacen sino resaltar unas inverosímiles facciones, potencian esa mesurada aflicción representada por las virginales lágrimas que recorren sus mejillas.

Lágrimas de pena y de expiación por los siete pecados capitales. ¡Madre Nuestra, Virgen de las Lágrimas, Madre del Creador y Señora de la Merced, excelsa intercesora, ayúdanos a alejarnos de esos pecados, tan tentadores, tan mundanos y de tan difícil rechazo!

Tras su paso por carrera oficial, en una noche fría y estrellada, la hermandad vuelve al viejo y centenario Jaén; la cruz de guía se asoma a Madre de Dios, mientras que el palio asciende los últimos metros para revirar hacia la calle Maestra, si no la más, una de las más cofrades de nuestro Jaén. Desde la trasera del palio se observa una imagen que desprende un inconfundible regusto a Semana Santa. La espectacular visión del manto azul marino, otrora solo salpicado de simples estrellas, donde resaltan mil y una filigranas vegetales y tracerías florales para enmarcar el escudo estudiantil; y al lado nuestra Santa Iglesia Catedral, la joya de esta ciudad.

Y cuando se yergue enhiesto, tras una seca y fuerte levánta, siempre al cielo, empieza a andar cortito y de frente, haciendo que los varales, por efecto de la inercia, muevan el palio desacompasadamente al resto del paso. Soberbia conjunción que provoca la evocadora imagen de un barco que se aleja, poco a poco entre un mar de giennenses, buscando atracar en su puerto mercedario; y en lontananza las aguas azul purísima, que forman los antifaces llegando ya al inicio de la subida a Madre de Dios. La Hermandad está en su barrio.

El Cristo ha dejado atrás el arco de San Lorenzo, el inigualable rincón de nuestro pasado medieval; donde fue velado el rey castellano Fernando IV, llamado el emplazado, y bautizado Maximiliano de Austria, primo del emperador Carlos V. La calle Almendros Aguilar mira hacia la abarrotada plaza que deseosa espera la llegada del cortejo; el paso levantado con sumo cuidado se encamina con ese andar tan nuestro, de ir siempre de frente, y sin cambio alguno... ¡cómo hemos evolucionado! ¡Qué sello más propio! característica o personalidad inconfundible, en resumen, idiosincrasia del Lunes Santo Jaenero que nunca debemos perder. Los capirotos blancos de capas negras, iluminadas por la cera amarillo tiniebla, se pierden calle arriba hasta llegar a la misma puerta del templo. Romántica estampa de fe y recogimiento acrecentada por la oscuridad que se propicia en dicho tramo.

Desde hace unos años, el cortejo no se descompone en ningún momento, y aunque el cansancio hace mella evidente en los nazarenos, todos aguantamos estoicamente la entrada ordenada a la iglesia. 2017 fue un año muy especial para mí, pues mi hijo primogénito, cuando contaba con sólo 6 años, revestido con su túnica nazarena y con su capirote y antifaz, me acompañó, por primera vez, alumbrando a nuestro amado titular; y sólo flaqueó, por el cansancio, en la empinada calle pero rehaciéndose completó su primera procesión de nazareno de los Estudiantes.

En la retina me quedan inextinguibles imágenes de un pasado, no tan lejano, que nos muestran que la hermandad no ha hecho sino

crecer y evolucionar, asentando unas formas propias que ya la identifican y diferencian en la calle de las demás. Recuerdo como si fuese ayer la magnífica estación de penitencia del año 2001, y como de vuelta por nuestra calle Merced Alta, cuando esta se estrecha, el cortejo se descompuso hasta tal punto que el servicio de paso se apresuró, como la totalidad de los nazarenos, para entrar lo más rápido posible en el templo; y solo quedamos delante del paso Pepe Lozano, Antonio Jesús de la Casa y yo mismo. Ello, entre otras razones, había ocurrido porque un público entusiasmado por la sobresaliente manera de andar de esos magníficos costaleros, magistralmente mandados por Nono y Fran, había irrumpido delante del paso, para llevar a cabo una práctica heredada de la Andalucía occidental denominada cangrejear. Todo no se debe copiar y esto en nuestro Lunes Santo sobra.

¡Qué enorme acierto ha sido impedir, o no propiciar, dicha práctica; y si no ya está ahí ese gentil pertiguero, de quijotesca figura y espartanas formas, para decirle, a esos desubicados espectadores, que ése no es su sitio.

No olvidemos lo que somos y donde estamos, nuestra hermandad puede vanagloriarse de ser una de las más serias de nuestra Semana Santa, no sólo en los cultos, si no también, y desde hace años, en la calle; tenemos dos pasos que, completados con el tiempo, destacan por su sobriedad, gusto y equilibrio; podemos decir con mucho orgullo que somos una de las que más hermanos de luz saca alumbrando a sus amados titulares. Y todo esto ha sido

el fruto de un denodado trabajo y esfuerzo que comenzó desde los inicios de los años 90 con Paco Latorre, y que fue continuado por Martín, Fran, Jesús, Vicente, Juan Carlos y ahora por Andrés; pero dichos logros han sido posibles por tantos y tantos miembros de juntas de gobierno antiguas y actuales, por cofrades de a pie, que desinteresadamente, SIEMPRE, antepusieron su amor a nuestro Cristo y nuestra Virgen, por encima de cualquier cosa, entregando lo máspreciado que tiene una persona: su tiempo.

El final del camino nos llega cuando se franquea el dintel de la iglesia mercedaria, y como una liberación nos desprendemos del molesto capirote. Cansados, pero llenos de emoción, y abrazado junto a mi hijo, esperamos cerca de la puerta el obligado ritual de ver como, con la Marcha Real y con el buen trabajo de los costaleros y capataces, paso a tierra entra, majestuoso y soberano, nuestro Cristo. Solo se oyen las voces, ya rotas por el esfuerzo, de los capataces y el rachear de los pies costaleros hasta que salvado el cancel de la puerta el Señor es arriado. Todo parece haber terminado.

Pero queda Ella. Inigualable es la entrada a la plaza con “Madrugá”, la inmortal marcha de Abel Moreno; pero más si cabe lo es su discurrir con el templo a oscuras por la nave central con los inconfundibles sonos del Ave María atribuido a Caccini. Seriedad, estilo y categoría.

A mí, nuestro palio siempre me recordará a Juan Antonio Morales, Juanito, cofrade de corazón, costalero y capataz de raza,

siempre al lado de Ella; y como él otros fieles cofrades de nuestro paso de palio, inseparables acólitos de la imponderable mezcla de apacible belleza y sobrio dolor que desprende el rostro que magistralmente tallara Martínez Cerrillo. Juan Quesada, Miguel Colmenero, Lorenzo Gallardo, Alberto Lara, Rafa Maza, los hermanos Escalante, Ayllón... enamorados devotos y cofrades sin par de la Reina de la Merced. Que como bien pone en los bordados de sus respiraderos Ella es Reina de los Ángeles, Reina de la Paz, Reina del Cielo, la Rosa Mística.

ESTUDIANTES

¡Estudiantes son tantas cosas!: Estudiantes es la caseta de feria de la Virgen de la Capilla en Cuatro Torres, con unos jovencísimos estudiantes que movidos por la inagotable fuerza que da la juventud y por su fe en nuestras Sagradas Imágenes, trabajaban incansables por hacer grande a la cofradía. Hoy muchos de ellos, no tan jóvenes, siguen con la misma ilusión de antaño mostrando el camino a las nuevas generaciones.

Estudiantes es aquel Segundo Turno, joven e inexperto, pero valiente y atrevido, de gente recia; donde primaba la camaradería y la sincera amistad. Donde todos a una, disciplinados por Nono, metían hombro sin renuencia alguna; siempre de frente y con la verdad por delante como buen costalero estudiante.

Estudiantes son aquellas misas de sábados de otoño e invierno en el convento de Santa Clara, junto a Miguel e Iñaqui, oficiando don Juan Monzón, y nuestras siempre encantadoras monjas. Y como siempre, tras la Eucaristía nos esperaba Nuestro Cristo en su capilla, luciendo su arcaica belleza, siempre clemente y compasivo, para escuchar a jóvenes cofrades suplicantes que pedían con devoción a su Cristo estudiante.

Estudiantes es aquella caseta de feria de San Lucas 98 que conseguimos llenar noche tras noche dejando casi vacías otras con más tradición y solera. Feria donde la noche se juntaba con el día, una y otra vez, feria de amistad, de compadreo cofrade, de aparición de verdaderos y sinceros afectos, y también de agobio y cansancio, mucho cansancio. Pero la exultante juventud y un ferviente sentimiento de pertenencia a algo superior, como era ser cofrade y costalero estudiantil, podían con todo.

Estudiantes es la continua presencia en el devenir diario de Nuestro Cristo, Aquél al que se le reza al acostarse, para dar gracias, y que viene a la cabeza nada más levantarse, para encomendarle el nuevo día; Aquél que siempre va en la cartera cerca del corazón, Aquél que enhiesto preside mi despacho... Aquél al que le pedimos que no nos abandone nunca y que con su eterna Misericordia perdone nuestros pecados y nos proteja.

Estudiantes es la CONFIRMACIÓN de la fe verdadera de un cristiano cofrade. Es la reafirmación de la creencia sin reparos en el misterio de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo,

y su presencia en el banquete pascual de la Eucarística cada domingo. Es la fe sin fisuras en los dogmas marianos de la perpetua virginidad de María, de su Inmaculada Concepción y de su Asunción a los cielos.

Estudiantes son sus cultos y actos, pero sobre todo es nuestro particular Vía Crucis, aquél que desde hace décadas, arroja al Cristo muerto más bello de Jaén, para en loor de multitudes llevarlo en volandas desde su casa, el centenario convento de nuestras monjas clarisas, hasta el vetusto cenobio mercedario, donde le espera la sutil belleza de su madre, nuestra Virgen de las Lágrimas. Son aquellos triduos de altares de cultos en presbiterio de la iglesia de la Merced, con su imponente altura, engrandecida aún más por el enorme dosel y decorados con esa abrumadora cantidad de candeleros que los hacían refulgir como resplandecientes antorchas en la oscuridad del templo.

Estudiantes es el desayuno todos los Lunes Santo, junto a Miguel, Andrés e Iñaqui, en el tristemente desaparecido bar Manila, pequeño trozo de la vida de los gienneneses que no pudo aguantar el inexorable paso del tiempo. Lugar de tertulias cofrades y reuniones en la calle de las calles del Jaén antiguo. Mas de 20 años de entrañable reunión de amigos para luego, vestidos de impecable traje, subir a la exposición de pasos y posterior misa preparatoria de la estación de penitencia. Los últimos años acompañados de nuestros hijos, ¿puede haber algo más grande para un padre cofrade y estudiante?

Estudiantes son las cuentas de ese rosario que van pasando con el rezo callado y sincero de un cofrade de vela que junto a su hijo acompaña al Cristo de sus amores año tras año. Es el rachear de los pies costaleros mandados con voz la firme, noble y sincera de Pablo Morales, y el juvenil ímpetu de Alejandro Arrate.

Estudiantes son esas filas interminables de hermanos de luz, serios, formados y bien compuestos que dan ejemplo de lo que es hacer pública protesta de fe, de nuestra fe, de la fe de una ciudad desde hace cientos de años. De cofrades de vela imperturbables al paso del tiempo que siguen fieles cada Lunes Santo alumbrado al amor de sus amores como Pepe Lozano y Antonio Jesús de la Casa; maestros de los que aprender a ser cofrade.

Estudiantes es mezcla cromática de las elegantes capas y antifaces de nuestro traje de estatutos que en la anochecida jaenera adopta una nueva tonalidad por la luz de los cirios que chorrean cera y alumbran sin descanso formando un sin fin de hileras doradas.

Estudiantes es el movimiento de las rectas bambalinas de nuestro coqueto palio de cajón y su ruido al golpear con los varaes; es el crujir de la candelaría y los cimbreantes candelabros cuando con el corazón de los costaleros de las lágrimas, más que con sus hombros, elevan a la Reina de los Cielos a ese oscuro y estrellado firmamento de la noche giennense.

Estudiantes es la mirada contrita de esa mujer que ataviada de rigurosa negra mantilla, guapa como ella sola, acompaña perseverante a la Virgen de sus amores, impertérrita ante el frío y el viento que suelen aparecer con el cambiante tiempo primaveral, las tardes-noches de Lunes Santo.

Estudiantes son los acordes de la tuna que con ardor le canta a su madre: “Virgen de Amor”, “Flor Marchita” y “Jaenera Salerosa” en una plaza a rebosar que como cada año se concita para ver el delicado paso de la Virgen estudiantil.

Estudiantes son las revirás eternas, de oficio costalero cuando los kilos aplastan, la angostura de calles con regusto a viejo Jaén, de paso corto y racheo, de cornetas y tambores que anuncian la presencia de Dios; de marchas serias y fúnebres que acompañan el majestuoso andar de nuestra Madre.

Estudiantes es una calle repleta de fieles y devotos que arropan cada Lunes Santo al Señor de Santa Clara y a la Reina de la Merced; es una ciudad entregada que no entendería la Semana Santa sin el donaire, la seriedad y la prestancia que desprende nuestra hermandad en la calle. Es la cara de esa anciana que espera el discurrir del cortejo y que al paso de la Majestad de Dios se emociona y estremece, es el rostro de ese niño que se sobrecoge y conmueve cuando a su altura llega la mecida suave y el contenido racheo del armónico y equilibrado relicario de la Virgen Estudiante.

Estudiantes es Santa Clara y la Merced, conventos del Jaén medieval enclavados en barrios castizos, genuinos, centros devocionales y ejemplos de un Jaén humilde, pero orgulloso de su pasado, y, sobre todo, creyente.

Estudiantes es Martes Santo, es el Viacrucis devoto y sentido que los cofrades y el pueblo de Jaén, cada vez en mayor número, realizan, desandando tramos de la Estación de Penitencia, del día anterior, para buscar la calle Martínez Molina arriba, hasta las espaldas de la vetusta iglesia de San Juan, y descender la empinada Cuesta de los Caños en busca de la casa de nuestro Cristo. Y tras ÉL, como siempre, nuestro añorado Luis Escalona rezando el Santo Rosario.

Estudiantes es fe, por encima de todo es Fe, FE con mayúsculas, heredada y transmitida de padres a hijos; es cofradía y hermandad, parte activa y militante de la Iglesia.

Y LLEGÓ LA PANDEMIA

El filantrópico sevillano Miguel de Mañara, gobernador de la Hermandad de la Caridad, impulsó en el siglo XVII la creación del hospital del mismo nombre y la iglesia de esta casa de beneficencia, en el hispalense barrio del Arenal. Para ornamentar dicho templo encargó, entre otros, a pintores de la talla de Murillo y Valdés Leal,

la realización de una serie de pinturas. A este último, encomendó la ejecución de dos lienzos que decorasen el sotocoro, con la “Vánitas”, la vanidad, temática barroca muy extendida y que continuaba el amplio discurso icnográfico iniciado en las otras partes del templo.

Ambos cuadros, denominados “jeroglíficos de las postrimerías”, muestran, con ese claroscuro inconfundible del barroco, dos alegorías cargadas de un increíble simbolismo. La primera “In ictu oculi”, en un abrir y cerrar de ojos, donde el magistral pintor sevillano, representa la muerte con una canina que con su guadaña indica la rapidez con la que llega la muerte y se apaga la vida humana, ejemplificada a través de una vela. En la parte inferior del cuadro una serie de objetos, el báculo, la tiara, el cetro y la corona imperial, los terciopelos, las púrpuras y las armaduras, que representan que la vanidad de los placeres y las glorias terrenales, tampoco escapan a la muerte. El fondo que está en penumbra, contrasta con la viveza del colorido de los objetos, consiguiendo un efecto de dramática teatralidad barroca.

“In ictu oculi”, en un abrir y cerrar de ojos, muestra lo efímero de la vida y que los placeres terrenales se quedan aquí, que la vida pasa antes de lo que uno se piensa; y que al final de poco ha servido tener muchos bienes materiales, pues por nuestras obras se nos juzgará. Por el ser y no por el tener.

En el otro lienzo “Finis Glorae Mundi”, el fin de las glorias mundanas, con su magistral pincelada, presenta los cuerpos de un

caballero y de un obispo muertos, a los que su fama y su gloria de nada les ha servido. La mano de la justicia divina pesa las buenas y malas obras que en la tierra se han realizado.

Ambas pinturas, ejecutadas entre 1671 y 1672, tienen hoy día más vigencia que nunca. La pandemia no solo acabó con la Semana Santa del año pasado, en su aspecto procesional, sino también con la de este; y no sabemos cuándo la podremos doblegar de una vez. Esta terrible desgracia ha matado, y sigue matando, a tantas personas, día tras día, que ello ha llegado a normalizarse. Por eso las pinturas referidas tienen hoy más sentido que en el momento de su ejecución, en el segundo tercio del siglo XVII. El mensaje es incontestable e imperecedero: la rapidez con la que las glorias y los placeres terrenos tocan a su fin. Por ello, hoy más que nunca debemos restar importancia en nuestra vida a lo material, llenando ésta poco a poco de lo trascendente.

Cuando nuestro Cristo tenga a bien llamarme su lado y me reencuentre con mi padre, quiero ser inhumado con el hábito nazareno, negro y blanco, de mi amada cofradía. Y eso os lo encomiendo a vosotros, a Antonio y Carlos; porque así desprendido de todo bien material, pero revestido por ese hábito nazareno, del que dimana el sentimiento y la devoción, habré de enfrentarme a la Justicia Divina.

Los cofrades de hoy estamos persuadidos por muchas cosas externas, añadidas, superfluas, intrascendentes, en ocasiones mucha parafernalia que enmascara nuestro primordial objetivo. Por

ello, desde aquí animo a que nuestra cofradía siga formando, cristianamente, a los cofrades, dándole el sentido que tiene cada acto, cada culto; puesto que sin formación y caridad no seríamos cofrades, seríamos gente que va que está, pero no sabrá ni porqué va ni por qué está. Porque ricos y pobres nos presentaremos ante Dios, sin nada, desnudos; solo con nuestras obras.

Por ello, actuemos como cristianos comprometidos, no minusvaloremos la trascendencia de los Sacramentos, glorifiquemos la Sagrada Eucaristía, cada domingo, protejamos la familia como pilar fundamental de nuestra sociedad, y defendamos la vida desde el mismo momento de su concepción. Porque en un “abrir y cerrar de ojos” pasa nuestra vida ante nosotros, y llega el “fin de las glorias mundanas”.

EPÍLOGO. Y LLEGA LA GLORIA

Solo restan 15 días para otro nuevo Lunes Santo, 15 días para la oración, la plegaria, la devoción, el recogimiento y el sentimiento más hondo; aunque esta maldita pandemia nos impida vivir y sentir el deleite, el goce, el disfrute y la perfección que es el discurrir de nuestra hermandad por las calles de la ciudad.

Otra vez, por segundo año consecutivo, la plaza de la Merced no será un hervidero de gente que, arremolinada a la entrada de la puerta de la iglesia, departa amigablemente entre hermanos

cofrades, antes de entrar a la exposición de pasos y a la posterior misa preparatoria para la estación de penitencia. No veremos a los cofrades mirar, una y otra vez, al cielo que tan cambiante se vuelve en esta época. Ni tampoco sentiremos ese pellizco en el estómago, que se hace cada vez más grande, conforme se acercan las 5 de la tarde. No oiremos en lontananza los sonos de tambores y cornetas acercándose, cada vez más, a una repleta y bulliciosa plaza de la Merced, ni veremos a hermanos de luz, perfectamente ataviados subiendo la calle Almendros Aguilar, para acompañar un año más a las imágenes de sus amores.

Pero será Lunes Santo, y más pronto que tarde, cuando acabe este terrible sueño de muerte que es el covid, volveremos a descontar los días que faltan para que llegue otro Lunes Santo; y ahí sí, llegará la Gloria de nuevo para los cofrades de los Estudiantes.

Porque como dijo Don Quijote: *“todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas... y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca”*

Por todos los Lunes Santos, por los pasados, y por los que vendrán. ESTUDIANTES SIEMPRE.

He dicho